



*En el Salón de Juntas del nuevo Gobierno Civil el señor Ministro pronunció un importante discurso*

tasmas increíbles... todo ello es demasiado inocente, demasiado hondo, demasiado poético para no habernos dejado un poso impercedero en el alma, para no habernos dejado un rastro perenne de poesía y de amor hacia esa ciudad que deja definitivamente la huella de su estirpe en cuantos se cobijan bajo su sombra. Estamos, pues, señoras y señores, en el seno de una ciudad prodigiosa en la que la historia es una presencia, la historia está ahí pétrea, firme, enhiesta, vertical.

»Y en Gerona descubrimos, con gesto normal, que la historia, al acontecer en forma de presencia, se nos ofrece como un deber: sentir la historia, sentir la lealtad a nuestra estirpe, es un deber que puede y debe sernos puntual y estrictamente exigido. Claro está que para muchas gentes distraídas la historia no tiene más valor que la antigualla del ropavejero o el manuscrito apolillado y polvoriento, pero yo que he tenido la fortuna de recorrer el mundo hispánico y he visto el aire campamental y fugitivo que tienen muchas veces las ciudades de América, me he recetado al regresar una cura de historia, un tratamiento de raíces, una emoción renovada al contemplar cómo la hermosura de las piedras arcaicas de estas ciudades nuestras contienen tales avatares de peso histórico que sólo a los muy ignorantes, a los muy distraídos

conseguiríamos perdonar no tener conciencia de ello.

»Dejadme, pues, el sentirme nacido intelectualmente bajo la silueta ilustre de esta ciudad, evocarla una vez más como me gusta hacerlo.

»Desde las Ballesterías Viejas al primer románico de San Pedro, Gerona iza una acrópolis de piedra y de oro, sobre el festón verdeoscuro de su Dehesa. Un apretado silencio despierta y levanta ecos resonantes a nuestras piñadas, y un medroso rumor de campanillas trunca la atónita soledad. Piedra, piedras. Los cantos rodados del suelo que la humedad pinta de verde; los arcos del puente viejo; las altas torres doradas de sol. No salimos de la piedra en esta ciudad nacida de una cantera, clavada como una piedra gigante sobre la montaña, junto a sus tres ríos. Pétrea, firme, enhiesta, vertical. Así se tiene, se sostiene, rígida en su gesto, ya parálítico, pero todavía heroico.

»Como un viejo soldado, un día Gerona, extenuada, se desmoronará sobre el río, se vendrán abajo las torres y las murallas y la ciudad será definitivamente la sombra del sueño que ya es ahora, como un ademán militar, trunco y desolado. Viejos fantasmas fugitivos, desde los baluartes, agitarán un momento muñones heroicos, desgarradas banderas de despedida, con cárdenos borbotones